



Vista general de Barcelona

LA ESPAÑOLITA

I

Se le encontraron en los jardinillos de la Cuesta de la Vega. El señor Oidor era muy conocido de Murat. Había prestado verdaderos servicios á la causa francesa con su conocimiento de la población, alardeando de su amor al régimen extranjero, y el caudillo le apreciaba de veras. Pero también sabía que su hija, aquella niña que le acompañaba, no había consentido en ser presentada á él, con otras damas, asiduas concurrentes á los salones del palacio en que con su Estado Mayor se alojaba.

La muchacha enrojeció al ver al Generalísimo; pero ni bajó la vista ni sintió flaquear su ánimo. Iba Murat con un edecán, á pie y ambos de uniforme. El caudillo resplandecía de oro con su traje cubierto de alamares, su pelliza con finas pieles y su gran sombrero tricorno con plumas. Al distinguir al Oidor se detuvo y le sonrió, diciéndole con chirriado acento:

—Esta señogita es entonces la española enragé.

La hija del Oidor fué á contestar algo agresivo, clavando valientemente sus pupilas airadas en el rostro del caudillo; pero el afrancesado le salió á los encuentros, y cortándola la acción, exclamó:

—Sí, señor, excelentísimo. Es mi hija, la única que tengo. Pero su retraimiento no obedece á otra causa que á su educación retirada en un convento. La pompa de la corte la ahoga.

La hija del Oidor bramaba por dentro de coraje al escuchar las palabras de su padre. El respeto la cerraba los labios. Parecía incu desmentirle, y sin embargo, comprendía, por el gesto irónico de Murat, que no se tragaba éste aquellas excusas balbuceadas torpemente. Otra causa venía á aumentar su cólera. El omnívoro y flamante guerrero no se había dignado saludarla ni con una ligera inclinación de cabeza, y seguía hablando con el tricorno encasquetado.

—Pues las monjas de ustedes es que dan, según dicen, una supegiogidad de la educación... Vamos, la vegdad siempre, señor Oidor. Las mujeges son dispensadas de todo rigor. Esta señogita no es amiga nuestra.

Ahora no tuvo tiempo el pobre funcionario de intervenir. La muchacha se le adelantó y replicó con voz seca, conteniéndose á fuerza de voluntad:

—Necesitaría que me renovaran toda la sangre que corre por mis venas para serlo. Su excelencia ha querido la verdad, señor Mariscal, y esa es. ¡Beso á su excelencia la manol

Y volviendo á coger á su padre del brazo, sin hacer caso de sus protestas ni de su lividez, envolviendo al caudillo en una última mirada de odio, se alejó arrastrando al aterrado Oidor, mientras Murat, entre estupefacto y picado, se echaba á reír con una risa que sonó con cierto forzamiento en la serena calma de aquel día de Abril, murmurando:

—¡Es fiega, es fi ga! No son mentiga los infogmes que de ella están dados.

II

Iba Murat á caballo, al frente de su Estado Mayor, seguido de un escuadrón de mamelucos, llenando la calle con el estrépito de las vainas de los sables chocando en las botas de los jinetes, y de las herraduras de los corceles pegando en las piedras del piso. De cuando en cuando se oían á lo lejos descargas cerradas, rodar de piezas de artillería, el rumor de regimientos en marcha. A veces, más cerca, estallaban gritos y doblaba la esquina un ordenanza francés, que desaparecía al galope de su cabalgadura, ó un pelotón de paisanos armados, locos fuera de sí, rojos de chillar, ennegrecidos por el humo de la pólvora, que también seguían su carrera frenética. La serenidad del 2 de Mayo, de un día ardiente de primavera, esplendido de luz, caía indiferente sobre las viejas casas y sobre el golpe de oro de los guerreros.

Llegaban á la del señor Oidor, y de pronto Murat detuvo su caballo. En una ventana del piso bajo acababa de distinguir á la hija del celoso funcionario, en actitud anhelante, cogida de los barrotes de la reja, como escuchando los rumores que de fuera llegaban.

—¡Ah, la Españolita!—exclamó en voz alta el caudillo.— Y luego prosiguió con sardónica entonación, dirigiéndose á ella: —¿Quiéga usted algo paga su padre? ¡Yo magoho á vegle á la Junta de autogidades, reunida por el motín de toda esa canalla!... ¿Pero dónde se ha metido la Españolita?

—¡Cuidado, mi general!—gritaron dos ó tres ayudantes á la vez. La nueva aparición de la hija del Oidor fué tan brusca, tan inesperada, que Murat se quedó atónito. Allí estaba, sí, la muchacha, con un trabuco en la mano, apoyándolo en un barrote, apuntándole, diciéndole á voces iracundas:

—La primera vez que se permitió usted hablarme no se quitó el tricorno, y ahora se lo voy yo á quitar de un tiro. A las mujeres españolas se las dirige la palabra siempre con el sombrero en la mano. Y dígame usted á mi padre que me busque con esa canalla que están ustedes ametrallando cobardemente.

Salió el disparo, disparo formidable de postas, y Murat sólo tuvo tiempo de bajar instintivamente la cabeza. Su tricorno voló arrebatado por una bala. De milagro no quedó deshecho el caudillo. Dos edecanes cayeron á sus pies. Fué asaltada la casa, que abrieron los criados temblando; pero en vano se le buscó á la muchacha. No pareció. Había huido sin duda por la puerta trasera del edificio, llevándose el trabuco, antigua arma cogida con otras varias á los bandidos cuando el señor Oidor gobernó, en nombre del Rey, una de las provincias andaluzas.

III

A las once de la noche de aquel día lúgubre se la encontró al fin el señor Oidor, después de buscarla desesperado por todas partes. Estaba tendida en un montón de cadáveres. Unos granaderos franceses declararon haberla visto batirse con una bravura indecible. La fusilaron en cumplimiento de las órdenes recibidas, y murió valientemente, gritando una cosa que

no concluyeron de entender, como dirigiéndose á alguien:

—Ya se queda libre de la Españolita!

Alfonso Pérez Nieva.

CURIOSIDADES

UN BASTÓN CARO

Acaba de ser adquirido por Lord Bullver Lington, uno de los nobles de más puro abolengo entre la aristocracia inglesa, en la enorme suma de 10.000 libras, un curioso bastón encontrado hace cerca de un siglo en las excavaciones de las ruinas de la Abadía de Westmoore.

A raíz de su hallazgo, el bastón famoso fué adquirido por Sir Eduwars Sey, rico propietario del distrito de Westmoore y uno de los miembros más influyentes de la Corte del Reino Unido.

Parece que Sey, á pesar de su fortuna, adquirió el bastón, encontrado en un derruido subterráneo de la indicada Abadía, por muy poquísimo dinero (el equivalente á unos 25 francos), tratando directamente con el jefe de las obras, á quien se lo habían entregado los trabajadores encargados de efectuar las excavaciones.

El bastón pasó de uno en otro á los descendientes de Sey, quienes pudieron ostentar en la colección de sus escogidos objetos históricos el célebre bastón, hasta que en 1869, el mismo Museo de Ciencias Históricas de Londres, que entonces empezaba á dar gran impulso á sus costosas adquisiciones, pretendió comprar el bastón á buen precio, y convencidos sus directores de que no lograrían su propósito por estos medios, llegaron á poner pleito al que á la sazón poseía el codiciado objeto.

El litigio fué fallado, sin embargo, en pro del particular, otra curiosidad que apenas si ofrecen en Europa más tribunales que los ingleses, y el objeto quedó en poder del poseedor.

Muerto éste actualmente, ha sido el bastón vendido en subasta pública y judicial, adquiriéndolo en esta ocasión Lord Bullver, quien, dicho sea de paso, ofreció desde el primer momento mayor cantidad que los representantes del Estado, que lo trataban de comprar para el Museo, uno de los más completos, valiosos é interesantes del mundo.

De intento hemos guardado para ahora decir lo que es el indicado bastón y su mérito artístico é histórico.

Trátase de un magnífico bastón de marfil, con puño de oro y varias piedras preciosas, entre ellas un rubí y siete esmeraldas incrustadas en aquél.

Pero con ser tan recomendables estas condiciones del bastón, su mayor importancia estriba en haber pertenecido á Cronwell, el célebre dictador inglés, aquel famoso y sanguinario estadista que supo elevarse de favorito de un monarca á dueño absoluto del Reino, despojando de sus derechos á los tiernos príncipes, cuya usurpada corona ciñó.

Tal es el bastón adquirido recientemente por Bullver en la insignificante suma de 10.000 libras.

Este sí que, aun cuando lo haya sido, debe seguir siendo bastón... de mando.

Ptolomeo.

COSAS DE LA GUERRA

Por una guerra civil,
Gil abandonó su tierra,
Y sé que se fué á la guerra
Sin ganas de guerra, Gil;
Porque nunca fué capaz
De refir á sangre fría ..
Y porque en la paz vivía
Con el amor de una Paz

Como buen aragonés,
Baturro zaragozano,
Era Gil noblote y llano
De la cabeza á los pies;
Y al salir de su lugar,
Entre los párpados rojos
Daban señales sus ojos
De su profundo pesar.
Ni los alegres cantares
De los futuros guerreros
De sus mismos compañeros
Que alejaban sus pesares;
Ni aquel vino que alborota,
Ni lo espléndido del día,
Ni la nerviosa alegría
Del guitarrero y de la jota;
Ni el descanso de un ventorro
Que hallaron en el camino,
Y en donde bebieron vino
Sus compañeros en corro,
Fueron á su pena tasa,
Que es una cosa que aterra
Ir en busca de la guerra
Triniendo la «Paz» en casa.

Pero el buenazo, al notar
Que mientras que triste estuvo
Se burlararon de él, no tuvo
Más remedio que cantar.

Y así fué mayor el gozo,
Porque cuando Gil cantaba
Con pena, no le ganaba
En Aragón ningún mozo.
Se limpió la tragadera
Con una copa de tinto,
Pulsó el guitarrero otro quinto,
Y cantó de esta manera:
«Una Pilarica llevo
Sobre mi pecho colgada;
Me la ha bordado mi *chiquia*;
No tengo miedo á las balas».

Entró el buen Gil en acción,
Y al principio el tiroteo
Le producía mareo
Y alguna extraña emoción.
Pero era su sangre ardiente,
Su fe en la victoria mucha,
Y Gil defeadió en la lucha
Su puesto como un valiente.

Conmovido y satisfecho
Por la victoria alcanzada,
Pensando en su Paz amada,
Sacó la estampa del pecho
Porque entonces para él
Un más allá no existía,
Ni más consuelo tenía
Que el escapulario aquel.

Iba á besarlo el bendito,



Un sarao á principios de siglo.